

WURM.—«Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.—¡Divina Providencia! Nombre tan extraño á mis oídos, como estas líneas vergozosas lo son á mi corazón. (Levántase, y fija su vista largo rato en lo escrito, y al fin lo presenta al Secretario con voz apagada y moribunda.) Tomad, caballero... Mi nombre sin tacha... Fernando... toda la felicidad de mi vida la pongo en vuestras manos... Soy una miserable pordiosera.

WURM.—¡Oh no! No tembléis, querida señorita. Os compadezco sinceramente. Quizás... ¿quién sabe? Pudiera bien prescindir de ciertas cosas. ¡En verdad, pardiez, que os compadezco sinceramente!

LUISA. (Mirándolo con fijeza y con atención.)—¡No acabéis, caballero! Os veo en camino de desear algo espantoso.

WURM. (Disponiéndose á besarle la mano.)—Suponed que fuese esta linda mano... ¿Qué decís, querida mía?

LUISA. (Con magnanimidad y con horror.)—Que te ahogaría en la noche de bodas, y después me pondría en la rueda con deleite. (Hace ademán de irse y vuelve en seguida.) ¿Terminamos ya, caballero? ¿Puede tomar su vuelo la paloma?

WURM.—Falta sólo algo insignificante, señorita. Habéis de jurarme que, si llega la ocasión de preguntarle, declararéis que habéis escrito esta carta espontáneamente.

LUISA.—¡Dios mío. Dios mío! ¿Y tú has de poner tu sello divino en esta trama infernal? (Wurm se la lleva.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO DE WALTER, con una carta abierta en la mano, entra precipitadamente por una puerta, y un AYUDA DE CÁMARA por otra.

FERNANDO.—¿No estaba aquí el Mariscal?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Señor Mayor, el Excmo. Sr. Presidente pregunta si estáis en casa.

FERNANDO.—¡Mil truenos! Lo que digo es si no estaba aquí el Mariscal.

EL AYUDA DE CÁMARA.—S. E. está arriba jugando al saqueón.

FERNANDO.—¡Que S. E., en nombre de todos los diablos del infierno, venga á buscarme! (Vase el Ayuda de cámara.)

ESCENA II.

FERNANDO, solo, lee la carta, y ya se queda cabizbajo, y a se revuelve airado.

¿No es posible! ¿No es posible! Esa envoltura divina no na de albergar un corazón de demonio... Y sin embargo, sin embargo... Si todos los ángeles bajasen aquí para afirmar su inocencia... si el cielo y la tierra, si el Creador y sus criaturas se congregaran con igual objeto... escrita de su puño... Engaño monstruoso é inaudito, que jamás presenció la humanidad... ¿Fue esta la razón de oponerse tan obstinadamente á nuestra huida?... Por esto... ¡oh Dios! Ahora despierto, ahora se cae para mí el velo, que todo lo encubría... ¡Por esto renunció con tanto heroísmo á mi amor, y casi, casi me sedujo su afeite celestial! (Recorre muy agitado el aposento, y después se queda pensativo.) ¡Arraigarse tan hondamente en mi corazón!... Corresponder así á los sentimientos más osados, á las vibraciones de mi alma más gratas y delicadas, á mis fogosos trasportes... Explotar hasta el valor de una lágrima... acompañarme á las cumbres escarpadas de la pasión, y salirme al encuentro siempre que estaba pronto á precipitarme en el abismo... ¡Dios mio, Dios mio! ¡Y todo esto una farsa indigna!... ¿Una farsa?... ¡Oh! Si la mentira tiene un colorido tan seductor, ¿cómo los ángeles del mal no penetran en el cielo?

Cuando yo le manifesté los peligros inseparables de nuestro amor, ¿con qué falsa tan persuasiva no palideció la culpable! ¿con qué victoriosa dignidad anulaba la insolente altivez de mi padre en el mismo instante en que, como mujer, se creía culpable!... ¿Cómo?... ¿No resistió

también la prueba del fuego de la verdad?... ¡Y la hipócrita se desmayó! ¿Cual será tu lenguaje ahora, oh sensibilidad? También las coquetas se desmayan. ¿Cómo te justificarás, ¡oh! inocencia? También se desmayan las prostitutas.

Ella sabe hasta dónde llega mi pasión. Ha visto el fondo de mi alma. Ha contemplado mi corazón en mis ojos, al rubor de nuestro primer beso... ¡Y nada sentía?... ¿se vanagloriaba sólo del triunfo de sus artes?... Cuando en mi venturoso delirio encerraba en ella locamente toda mi gloria, y hasta se callaban mis más impetuosos deseos, ella sola y la eternidad eran entonces los únicos pensamientos de mi mente... ¡Dios mio! ¿Y nada sentía?... ¿No sentía más que la satisfacción de un triunfo? ¿Nada más que el homenaje rendido á sus encantos? ¡Muerte y venganza! ¿Nada sino que me engañaba?

ESCENA III.

FERNANDO Y EL MARISCAL.

EL MARISCAL. (Entrando de puntillas.)— ¿Habéis mostrado deseos de verme, querido mio?...

FERNANDO. (Aparte entre dientes.)— De retorcer á un bribón el cuello. (Alto.) Esta carta, Mariscal, ha debido caer de vuestro bolsillo en la parada... y yo (Con amarga sonrisa) he tenido la dicha de encontrarla.

EL MARISCAL.— ¿Vos?

FERNANDO.— Por la más divertida de las casualidades. Dios lo ha dispuesto así.

EL MARISCAL.— Ya notáis cuánto lo siento, Barón.

FERNANDO.— ¡Leedla, leedla! (Alejándose de él.) Si soy un

amante desgraciado, quizás sea venturoso intermediario. (Mientras que el Mariscal lee, se aproxima á la pared, y descuelga un par de pistolas.)

EL MARISCAL. (Que tira la carta sobre la mesa, é intenta irse.)
—¡Maldición!

FERNANDO. (Cogiéndolo de un brazo, y obligándole á volver.)
¡Paciencia, estimado Mariscal! La noticia me parece agradable. Quiero la debida recompensa. (Enseñándole las pistolas.)

EL MARISCAL. (Retrocediendo asustado.)— Seréis razonable, querido.

FERNANDO. (Con voz firme y amenazadora.)—Más de lo necesario para enviar al otro mundo á un bribón como tú. (Presentale una pistola, sacando un pañuelo del bolsillo.) ¡Tomad! Coged la punta de ese pañuelo... Es de esa cortesana.

EL MARISCAL.—¿De este pañuelo? ¿Estáis loco? ¿Qué os proponéis?

FERNANDO.—¡Coge esa punta, te digo! ¡A no ser así, errarás el tiro, cobarde!... ¡Cómo tiembla el vil! ¡Debes dar gracias á Dios, infame, porque ésta será la primera vez que encuentres algo en tu cerebro! (El Mariscal insiste en huir.) ¡Poco á poco! No sera esto tan fácil. (Lo sajeta y corre el cerrajo.)

EL MARISCAL.—¿En este aposento, Barón?

FERNANDO.—¡Como si la cosa mereciera dar un paseo contigo por la muralla!... Tira y sonará mejor, y éste será el primer ruido que haces en el mundo... ¡Tira!

EL MARISCAL. (Enjugándose el sudor de la frente.) ¿Y deseáis exponer así vuestra preciosa vida, joven de tan bellas esperanzas?

FERNANDO.—¡Tira, te repito! Nada tengo que hacer en este mundo.

EL MARISCAL.—Pero yo tengo que hacer en él tanto más, excelente amigo.

FERNANDO.—¿Tú, bribón? ¿Cómo? ¿Tú?... ¿Ser acaso la po-

lilla, en dónde son raros los hombres? ¿Alargarte y acortarte siete veces en un momento, como la mariposa clavada en la aguja? ¿Llevar el registro de las idas y venidas de tu señor á ciertos lugares excusados, y ser el caballo de alquiler de su ingenio? Bien; es igual, yo te llevo conmigo como á un animal extraño. A manera de mono enseñado, bailarás tú al compás de los aullidos de los condenados, traerás lo que te manden, obedecerás, y con artificios cortesanos aliviarás un tanto su desesperación eterna.

EL MARISCAL.—¡Lo que gustéis, caballero; lo que os plazca!... Pero dejémonos de pistolas.

FERNANDO.—¡Vedlo ahí, á ese hijo del dolor!... ¡Vedlo ahí, para oprobio del sexto día de la creación! ¡Como si un editor de Tubinga quisiera parodiar al Todopoderoso!... ¡Lástima sólo, perpetua lástima para la onza de sesos, tan mal alojados en ese cráneo ingrato! Esta única onza hubiese transformado á un mono en hombre perfecto, y en él sirve para iudibrio de la razón... ¡Y entregarle la mitad de su corazón!... ¡Monstruoso! ¡Incomprensible!... A un personaje más á propósito para alejar el pecado, que para fomentarlo.

EL MARISCAL.—¡Oh! Gracias sean dadas á Dios, que hace alarde de su ingenio.

FERNANDO.—Prefiero dejarlo como es. La tolerancia, que perdona á un gusano, valga también en su favor. Cuando se tropieza con estos seres, quizás se alcan los hombros, acaso se admire la sabia economía de la Providencia, que hasta con estiércol é inmundicias alimenta á sus criaturas, y ofrece en lo alto de la horca un festín á los cuervos, y un cortesano en el lodo que rodea á los soberanos... Por último, nos sorprendemos al observar el orden del universo, que, hasta en el mundo moral, mantiene víboras y tarántulas para derramar su ponzoña... Pero (Renovándose su ira.) que ese enjendo no toque á mis flores (sa-

cuando al Mariscal con violencia.), ó si la hace, lo amiquilo por completo.

EL MARISCAL. (Aparte, y suspirando.)—¡Dios mío! ¡Quién no pudiera alejarse de aquí! ¡En Bicetre, junto á Paris, siempre que estuviese lejos!

FERNANDO.—¡Bribón! ¡Si ella no es ya pura!... ¡Bribón! ¡Si tú te has entregado al placer, cuando yo sólo adoraba... (Con más cólera.) si has sido un libertino, cuando yo me creía un Dios! (Cállase de repente, luego con acento terrible.) Más te valiera, oh bribón, refugiarte en el Infierno, que te encuentre mi rabia en el Cielo... ¿Hasta dónde has llegado en tus amos con ella? ¡Confíesalo!

EL MARISCAL.—¡Soltadme! Todo lo diré.

FERNANDO.—¡Oh! Más seductor ha de ser cortejar á esa joven, que soñar en la gloria con otra... Si ella quisiera perderse, ¡oh! si lo quisiera, podría rebajar la dignidad del alma, y desnaturalizar la virtud con el deleite. (Apoyando la pistola contra el corazón del Mariscal.) ¿Qué has hecho con ella? ¡Mueres, si no lo confiesas!

EL MARISCAL.—¡Nada! ¡Nada absolutamente! ¡Tened un sólo minuto de paciencia! Os han engañado.

FERNANDO.—¡Y me lo pagarás, malvado!... ¿Qué has hecho con ella? ¡Confíesalo, ó mueres!

EL MARISCAL.—¡*Mon Dieu!* ¡Dios mío! Yo lo digo... ¡Escuchad!... Su padre... su mismo querido padre...

FERNANDO. (Con ira.)—¿Te ha vendido su hija? Pero ¿qué has hecho con ella? ¡Te mato, ó lo dices!

EL MARISCAL.—¡Estáis loco! ¡No me oís! Jamás la he visto. No la conozco. Nada sé de ella.

FERNANDO. (Retrocediendo.)—¿No la has visto? ¿No la conoces? ¿Nada sabes de ella?... Luisa Miller se ha perdido por tu obra, y tú reniegas de ella tres veces consecutivas? ¡Vete, miserable! (Le da un culatazo con la pistola y lo echa.) Ninguno como tú ha podido inventar la pólvora.

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

(Después de un largo silencio, durante el cual su fisonomía toma una expresión terrible.)—¡Perdido! ¡Sí, desdichada... ¡Lo estoy! ¡Y tú también! ¡Sí, por Dios Omnipotente!... ¡Sí yo me veo perdido, tú también lo estás!... ¡Juez soberano! No me hagas responsable. Ella es mía. Por ella renuncié á tu mundo, á todas las grandezas de tu creación. ¡Déjame!... ¡Juez soberano! Almas á millones te suplican... miralas con ojos misericordiosos. ¡Déjame sólo á ella! ¡Juez soberano! (Juntando las manos con la mayor angustia.) El Creador de todas las cosas, tan rico, tan poderoso, ¿me rehusará una sola alma, que es además la más desdichada de sus obras?... ¡Ella es mía! Yo, antes, su Dios; ahora, su mal ángel. (Mirando oblicuamente con ojos extraviados.) ¡Unido á ella toda una eternidad sobre la rueda del tormento!... mis ojos echando raíces en los suyos... mis cabellos erizados, confundidos con los suyos... nuestros ayes mezclados... y entonces recomenzar mis caricias, y repetirle sus juramentos... ¡Dios mío, Dios mío!... esta unión es terrible... pero eterna. (Hace ademán de irse; el Presidente se presenta.)

ESCENA V.

FERNANDO Y EL PRESIDENTE.

FERNANDO. (Retrocediendo.)—¡Oh!... ¡mi padre!

EL PRESIDENTE.—Nos encontramos muy á propósito, hijo mío. Yo vengo á anunciarte una grata nueva, que, además, oh hijo querido, ha de sorprenderte. ¿Nos sentamos?

FERNANDO. (Que le mira fijamente.)—Padre mio! (Acercándose á él muy conmovido, y estrechando su mano.) ¡Padre mio! (Buscando su mano y arrodillándose.) ¡Oh padre mio!

EL PRESIDENTE.—¿Qué tienes, hijo? ¡Levántate! ¡Tu mano arde y tiembla!

FERNANDO. (Con emoción impetuosa y calor extraordinario.) ¡Perdonad al ingrato, padre mio! ¡Soy un verdadero réprobo! No he correspondido á vuestra bondad. Vuestros sentimientos eran tan paternos... ¡Oh! Adivinábais... ahora es ya tarde... ¡Perdon!... ¡Perdón! ¡Benedicidme, padre mio!

EL PRESIDENTE. (Con hipocresía, y aire afectado de inocencia.)—¡Levántate, hijo! Reflexiona que tus palabras son para mí un enigma.

FERNANDO.—Esa Miller, padre... ¡Oh, conocéis bien el corazón humano!... ¡Vuestra ira era entonces tan justa, tan digna, tan paternal, tan llena de noble ardor!... Sólo que, con tanto celo por el bien de vuestro hijo, habíais... errado el camino... Esa Miller...

EL PRESIDENTE.—¡No me atormentes, hijo! ¡Maldigo mi dureza! Vengo á pedirte perdón.

FERNANDO.—¡Perdón á mí! ¡Caiga vuestra maldición sobre mi cabeza!... ¡Vuestra desaprobación era sólo sabiduría; vuestro rigor compasión divina!... Esa Miller, padre...

EL PRESIDENTE.—¡Es una joven amable y noble! Yo me retracto de mis sospechas infundadas! ¡Ha conquistado mi estimación!

FERNANDO. (Que se levanta conmovido.)—¿Cómo! ¿vos también?... ¿No es verdad, padre mio, que es una criatura inocente?... ¡Es tan natural amarla!...

EL PRESIDENTE.—Dí más bien que es un crimen no amarla.

FERNANDO.—¡Inaudito! ¡Monstruoso!... ¿Y leéis también en el fondo de los corazones? ¡La mirabais con ojos de odio!... ¡Hipocresía sin ejemplo!... Esta Miller, padre...

EL PRESIDENTE.—Merece ser hija mía. Su virtud vale un árbol genealógico, y su belleza un tesoro. Mis principios ceden á tu amor... ¡Que sea, pues, tuya!

FERNANDO. (Que sale precipitadamente del aposento.)—¡Esto me faltaba! ¡Adiós, padre mio! (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Siguiéndolo.)—¡Detente, detente! ¿Adónde vas así? (Vase.)

ESCENA VI.

Una sala suntuosa en casa de Lady Milford.

LADY MILFORD y SOFÍA, que entran.

LADY.—¿La has visto, pues? ¿Vendrá?

SOFÍA.—¡Ahora mismo! Estaba vestida como de casa, y pensaba ataviarse sin tardanza.

LADY.—No me digas nada de ella... ¡Silencio! Tiemblo como un criminal, al pensar que he de verla feliz, cuando su corazón armoniza tan terriblemente con el mio... ¿Y cómo recibió mi invitación?

SOFÍA.—Se quedó sorprendida, pensativa; me miró con ojos espantados, y se calló. Yo esperaba oír sus excusas, cuando dirigiéndome una ojeada, que me extrañó sobremanera, me respondió: «Vuestra señora me manda hoy lo que yo pensaba pedirle mañana.»

LADY. (Muy inquieta.)—Déjame, Sofía. Compadéceme. Me ruborizaré, si es una mujer ordinaria, y si algo más, me desesperaré.

SOFÍA.—Pero, Milady... no es así como se ha de recibir á una rival. Tened presente lo que sois. Recordad vuestro nacimiento, vuestro rango, vuestro poder, y llamados en

vuestra ayuda. Un corazón orgulloso debe realzar el brillo soberbio de vuestra presencia.

LADY. (Distraída.)—¿Qué charla esta loca?

SOFÍA. (Con malicia.)—¿Será casual, acaso, que hoy os adornen vuestros diamantes más preciosos? ¿Será casual que hoy llevéis vuestros vestidos más ricos?... ¿Que vuestra antesala hormigúee de lacayos y pajes, y que recibáis á la joven oscura en un salón regio de vuestro palacio?

LADY. (Paseándose, con amargura.)—¡Detestable! ¡Insufrible! ¡Ojos de lince tienen las mujeres para ver los defectos de otras mujeres!... Pero ¡cuán bajo, cuán bajo habré caído, para que me comprenda semejante persona!

UN AYUDA DE CÁMARA. (Entrando.)—La señorita Miller...

LADY. A Sofía.)—¡Véte tú! ¡Aléjate! (Con imperio, al observar que Sofía duda.) ¡Véte! ¡Yo te lo mando! (Vase Sofía, y ella da un paseo por la sala.) ¡Bueno! No está mal mi emoción. Tal era mi deseo. (Al Ayuda de cámara.) ¡Que éntre esa joven! (Vase el criado; ella se deja caer en un sofá, y toma un aire de nobleza y abandono.)

ESCENA VII.

LUISA MILLER entra con timidez, y se detiene muy lejos de MILADY, que le ha vuelto la espalda, mirándola atentamente en el espejo de enfrente; pausa.

LUISA.—¡Señora! Espero vuestras órdenes.

MILADY. (Que se vuelve hacia Luisa, y le baja la cabeza con altivez y desdenosa curiosidad.)—¡Ah! ¿Estáis ya aquí?... Sin duda la señorita... cierta... ¿cuál es vuestro nombre?

LUISA. (Algo picada.)—Mi padre se llama Miller, y Vuestra Señoría mandó buscar á su hija.

MILADY.—¡Verdad, verdad! Ya me acuerdo... la pobre hija del músico, de quien se hablaba hace poco. (Pausa, y aparte.) Muy interesante, y, sin embargo, no es ninguna beldad... (Alto, á Luisa.) ¡Acercaos, hija mía! (Aparte.) Ojos acostumbrados á llorar. ¡Cómo me agradan esos ojos! (Alto.) ¡Más cerca... más!... ¡Hija mía! Creo que me tienes miedo.

LUISA. (Con grandeza y decisión.)—No, Milady. Yo desprecio la opinión del vulgo.

MILADY. (Aparte.)—Y, sin embargo, vulgar es su insolencia. (Alto.) Os han recomendado á mí, señorita. Dicen que sabéis algo, sobre todo vivir... ¡Sea así! Haré por creerlo... Por nada del mundo calificaré de engañoso á su ardiente protector.

LUISA.—Sin embargo, no conozco á nadie, Milady, que se haya molestado en buscarme una protectora.

MILADY. (Sorprendida.)—¿La molestia en buscar á la protectora, ó á la protegida?

LUISA.—No lo entiendo, señora.

MILADY.—Hay en esto más malicia de lo que promete esa fisonomía franca. ¿Os llamáis Luisa? ¿Qué edad tenéis, si puedo preguntároslo?

LUISA.—Diez y seis años cumplidos.

MILADY. (Levantándose con prontitud.)—¡Dicho está ya! ¡Diez y seis años!... ¡El primer latido de la pasión!... El primer sonido argentino, que se arranca del piano virgen... Nada más seductor... Siéntate, joven amable; tú me agradas... ¡Y él ama también por vez primera!... ¿Qué extraño es, por tanto, que los rayos de la aurora se encuentren? (Con amistad, y cogiéndole una mano.) No hay duda; yo quiero hacerte feliz, querida mía... Nada, nada es esto más que un sueño agradable y prematuro... (Tocando á Luisa en las mejillas.) Mi Sofía se casa; tú ocuparás su puesto... ¡Diez y seis años! Esto no puede ser duradero.

LUISA. (Besándole respetuosamente la mano.)—Os agradezco ese favor, Milady, como si en realidad lo recibiera.

MILADY. (Encolerizándose.)—¡Vaya una gran señora!... De ordinario, las jóvenes de vuestra clase se estiman muy dichosas, cuando encuentran una colocación como esta... ¿Qué deseáis, pues, doncella pretenciosa? ¿Esos dedos son demasiado delicados para el trabajo? ¿Os hace tan orgullosa vuestra vulgar hermosura?

LUISA.—Mi rostro, noble señora, me pertenece tan poco como mi nacimiento.

MILADY.—¿Creéis acaso que esto no ha de terminar nunca?... ¡Pobre criatura! Quien te lo haya persuadido, sea el que fuere, se ha burlado de tí y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas á fuego. Lo que te ofrece tu espejo como robusto y eterno, es sólo oropel vano y pasajero, que se quedará tarde ó temprano en las manos de tu adorador... ¿Qué hacemos, pues?

LUISA.—Compadeced al adorador que compra un diamante, porque lo creía engarzado en oro.

MILADY. (Sin querer atender á estas palabras.)—Una joven de vuestros años siempre tiene á mano dos espejos, el verdadero y el de su admirador... la adulación complaciente del último corrige la ruda franqueza del primero. El uno muestra una señal odiosa de viruelas. ¡Qué disparate! dice el otro; es un hoyo en donde anidan las Gracias. Y vosotras, inocentes, sólo creéis á éste, y saltáis de uno á otro testimonio, hasta que confundís á ambos. ¿Por qué me miráis así?

LUISA.—¡Perdonad, señora!... Estaba deplorando la suerte de ese soberbio y resplandeciente rubí, ignorante de los sarcasmos de su dueña contra la vanidad.

MILADY. (Ruborizándose.)—¡No variéis de conversación, picaruela! A no ser por las esperanzas, que ponéis en vuestra belleza, ¿qué razón hay en el mundo para impedirlos

aceptar una colocación, la más á propósito para conocer á las gentes y adquirir finos modales, la única que puede extirpar vuestras preocupaciones vulgares?

LUISA.—¿Y también mi vulgar inocencia, Milady?

MILADY.—¡Sandia observación! El bribón más libertino se abstiene de proponernos nada deshonesto, si ao lo alentamos en su empresa. Hacedle saber quién sois. Mostraos honrada y digna, y vuestra virtud estará segura.

LUISA.—Dispensadme, señora, si, por lo que yo entiendo, me atrevo á dudarlo. Los palacios de algunas damas son con frecuencia teatro de los placeres más licenciosos. ¿Quién imaginará que la hija de un pobre músico es bastante heroica para lanzarse en medio de la peste, temiendo su contagio? ¿Quién soñará que lady Milford mantiene un gusano roedor de su conciencia, y gasta su dinero por gozar de la ventaja de ruborizarse á cada instante?... Yo soy franca, noble señora... ¿Os regocijaría mi presencia, cuando os prepararais á disfrutar del placer? ¿Lo sufriríais después de apurado?... ¡Oh! ¡Mejor, mejor es que nos separen inmensas distancias... que corran entre ambas vastos mares!... Advertid, señora, que tendréis vuestras horas de ayuno, vuestros momentos de desmayo... Las víboras del remordimiento pueden penetrar en vuestro corazón, y entonces... y entonces, ¡qué tormento para vos, al ver retratada en el rostro de vuestra doncella de cámara esa paz inocente del alma, recompensa de toda conciencia pura! (Retrocede un paso.) Otra vez, Milady; otra vez os pido perdón.

MILADY. (Muy agitada.)—Es insufrible que ella me lo diga, y aun más insufrible que tenga razón. (Acercándose á Luisa, y mirándola fijamente.) Tú no me engañarás, joven. Las opiniones solas no se expresan con tanto calor. En el fondo de tus frases hay un interés apasionado, que te impide aceptar mi servicio... y que infunde en tu lenguaje

tanta energía (Con aire amenazador.) Y, ¡que yo, descubriré!

LUISA. (Con noble serenidad.)—¡Y aunque lo descubrieseis! ¡Y aunque hirieseis con el pie á la tierra con desprecio, y despertaseis al débil gusanillo, al cual dotó el Criador de un aguijón para defenderse de sus enemigos!... Yo no temo vuestra venganza, Milady... La miserable pecadora, en el infamante instrumento del suplicio, se reiría de la ruina del universo. Mi desdicha es tan grande, que la franqueza no puede ya aumentarla. (Pausa; después con solemnidad.) Queréis arrancarme del polvo de mi humilde cuna. No analizaré este favor sospechoso. Sólo quisiera saber cuál es el motivo, que impulsa á Milady á pensar que yo sea bastante insensata para avergonzarme de mi nacimiento. ¿Qué podrá justificar que se erija en promotora de mi dicha, antes de estar segura de si la aceptaré yo de su mano?... Yo había renunciado por completo á todas las alegrías de este mundo... Yo había perdonado su huida á mi ventura... ¿Por qué atraerme de nuevo á ella?... Si hasta la misma Divinidad oculta los rayos de su gloria, para que no se asuste de sus tinieblas el serafín de más elevado rango... ¿por qué han de ser los hombres tan horriblemente compasivos?... ¿De qué proviene, Milady, que vuestra tan cacareada dicha mendigue tan solícita la admiración y la envidia de la miseria? ¿Tanta necesidad de la desesperación tiene vuestro deleite para su recreo? ¡Oh! ¡Más vale que me dejéis en mi ceguedad, puesto que sólo ella puede reconciliarme con mi funesto destino! El insecto se encuentra tan feliz en una gota de agua como en un hemisferio, tan alegre y tan bienaventurado, hasta que se le habla de océanos, en donde juegan flotas y ballenas... Pero ¿deseáis averiguar verdaderamente si soy dichosa? (Pausa, después se acerca con rapidez á Milady, y le pregunta de repente.) ¿Lo sois vos, Milady? (Milady, sorprendida,

se separa de ella precipitadamente, y Luisa la sigue y toca con la mano su corazón.) ¿Este corazón está tan risueño como aparenta? Y si pudiésemos ahora trocar el vuestro por el mío, y una suerte por otra, y si yo, en mi candor infantil... y si yo preguntara á vuestra conciencia, y si os interrogara como una madre á su hija... ¿os decidiríais á hacer este cambio?

MILADY. —(Arrojándose en el sofá, muy afectada.)—¡Inaudito! ¡Incomprensible! ¡No, joven! ¡No! Tú no trajiste al mundo esta grandeza, y para madre eres demasiado joven. ¡No me engañes! Oigo otro maestro muy distinto...

LUISA. (Mirándola con ahinco.)—Yo debía admirarme, Milady, de que ahora os acordarais de ese maestro, cuando antes me creíais de tan diversa condición.

MILADY. (Levantándose de improviso.)—¡Esto es insoportable!... Sí, seguramente; no quiero ocultártelo... Lo conozco... lo sé todo... más de lo que quisiera (Detiénese y prosigue luego con animación hasta perder la calma por completo); ¡pero atrévete, desventurada... á amarlo y á ser amada de él... ¿Qué digo? ¡Osa pensar en él, ó ser uno solo de los objetos de su pensamiento!... Soy poderosa; desventurada... ¡Temible!... ¡Tan verdad como Dios existe! ¡Tu perdición es segura!

LUISA. (Con firmeza.)—Perdida, sí, Milady, en cuanto lo obliguéis á amaros.

MILADY.—Ya te comprendo... Pero no me amaré. Quiero sobreponerme á esta pasión vergonzosa, humillar mi corazón y desgarrar el tuyo... Suseitaré entre vosotros montañas y abismos; yo seré la Furia, que atormentará vuestra gloria...; mi nombre, como el espectro que persigue al criminal, amargará, separándoos, vuestros besos. Tu belleza y tu floreciente juventud se desvanecerán entre sus brazos, hasta convertirse en una momia... Yo no puedo ser feliz con él... pero tú no lo serás tampoco.

co... ¿Oyes, miserable? Dicha es destruir la ajena dicha.

LUISA.—Una fortuna que os han robado ya, Milady. No calumniéis á vuestro propio corazón. No sois capaz de hacer lo que, amenazándome, acabáis de decir. No sois capaz de atormentar á una criatura, que no os ha hecho otro mal que sentir como vos... Pero os amo ya á causa de vuestra cólera.

MILADY. (Después de serenarse.)—¿En dónde estoy? ¿En dónde estaba? ¿Qué he dicho? ¿A quién lo he dicho?... ¡Oh Luisa alma noble, magnánima, divina! ¡Perdona á una loca!... ¡No tocaré á uno solo de tus cabellos! ¿Qué deseas? ¡Habla! Quiero llevarte en mis brazos, ser tu amiga, tu hermana... Tú eres pobre... ¡Mira! (Despojándose de algunos brillantes.) Venderé todas estas joyas... mis vestidos, mis caballos y carruajes... todo será tuyo, pero renuncia á su corazón.

LUISA. (Retrocede sorprendida.)—¿Os moráis de una mujer desesperada, ó no habéis tenido formal participación en esa acción bárbara?... ¡Ah! ¿Así podría pasar por una heroína, y trocar en mérito mi desmayo? (Quédase pensativa algunos instantes; después se acerca á Milady, toma su mano, y la mira fijamente con aire expresivo.) ¡Tomadlo, Milady!... Librementemente os cedo ese hombre, arrancado de mi corazón con violencia infernal... Quizás lo ignoréis vos misma, Milady; pero habéis arrebatado su gloria á dos amantes; habéis desunido dos corazones, sellados por el mismo Dios; aniquilado á una criatura, que se acercaba á Él como vos, engendrada como vos para la felicidad, que lo ha ensalzado como vos, y que no lo ensalzará más... ¡Milady! Hasta el trono del Todopoderoso llegan los vanos esfuerzos del gusano hollado por osada planta... No es posible que se muestre indiferente á la suerte de las almas asesinadas en sus manos... ¡Vuestro es ahora! Tomadlo, pues, ahora, Milady. ¡Corred á sus brazos! ¡Llevedlo al altar! Pero no

olvidéis en vuestros ósculos, que el fantasma de una suicida se interpondrá entre vosotros... Dios será misericordioso... No tengo otro apoyo. (Vase corriendo.)

ESCENA VIII.

MILADY sola, conmovida, fuera de sí, mirando fijamente á la puerta por donde ha desaparecido LUISA; al fin parece salir de su arrobamiento.

MILADY.—¿Qué era esto? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué dijo esa desdichada?... Todavía, oh cielos, todavía están desgarrando mis oídos esas terribles palabras, que me condenan: «¡Tomadlo!»... ¿A quién, desventurada? ¿Al presente de tu mortal agonía, al horrible legado de tu desesperación? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Tan bajo he caído yo... tan de repente he descendido del trono levantado por mi orgullo, que espero con hambre devoradora los restos de la última lucha mortal, que me cede una pordiosera generosa?... «¡Tomadlo!»... ¡y lo dijo con tal acento, lo acompañó con tal mirada! ¡Ah! ¡Emilia! ¿y para esto franqueaste las barreras impuestas á tu sexo?... ¿y para esto adoptaste el nombre de gran señora inglesa, para que el soberbio edificio de tu honor se desmoronase al empuje de la más sublime virtud de una joven oscura y sin defensa?... ¡No, orgullosa desventurada, no!... Emilia Milford podrá ruborizarse... pero nunca envilecerse. Yo tengo también energía suficiente para renunciar á... (Paseándose con majestad.) ¡Desaparece ya, mujer débil y desventurada!... ¡Adios, gratas y risueñas imágenes del amor!... ¡Que la magnanimidad sea desde ahora mi divisa! Cierta es la ruina de estos dos amantes, si lady Milford no abandona sus pretensiones y el co-

razón del Príncipe. (Pausa; después con animación.) ¡Está resuelto!... ¡ese obstáculo terrible ha desaparecido... rotos yacen los lazos, que me unían al Duque, y extirpado de mi pecho ese amor violento!... ¡En tus brazos me refugio, oh virtud!... ¡recibe en ellos á Emilia, tu arrepentida hija!... ¡Ah!... ¡qué placer tan consolador!... ¡Cuán serena, cuán superior á mi misma me encuentro!... Grande, como un sol en su ocaso, quiero descender hoy de la cumbre en donde me hallo, para que mi poder muera con mi amor, y sólo me acompañe mi corazón en mi orgulloso destierro. (Acercándose decidida á una mesa de escribir.) Y será ahora mismo... ahora, sin tardanza, antes que los encantos de ese joven amado abran de nuevo la llaga de mi corazón. (Se sienta y comienza á escribir.)

ESCENA IX.

MILADY; UN AYUDA DE CÁMARA; SOFÍA; después el MARISCAL; y en seguida los CRIADOS.

EL AYUDA DE CÁMARA. — El Mariscal, en la antesala, trae una comisión del señor Duque.

MILADY. (Mientras escribe con calor.)—¡Ahora se desvanecerá el polichinela serenísimo! ¡Sí, sin duda! La idea es bastante diabólica para trastornar el seso á un Príncipe... Su corte se convertirá en un torbellino... y todo el país sufrirá una completa perturbación.

EL AYUDA DE CÁMARA Y SOFÍA. — El Mariscal, Milady...

MILADY. (Volviéndose.)—¿Quién? ¿Qué decis?... Tanto mejor. Este linaje de hombres sirve para llevar las cargas de los demás. ¡Bien venido sea! (Vase el Ayuda de cámara.)

SOFÍA. (Acercándosele inquieta.)—Si yo no temiera, Mila-

dy... si no fuese atrevimiento... (Milady escribe con calor.) La Miller ha salido precipitadamente por la antesala... estáis acalorada... habláis sola... (Milady continúa escribiendo.) Temo... ¿Qué sucederá?

EL MARISCAL. (Que entra, y hace muchas cortesías á Milady vuelta de espaldas; no notando su presencia, aproximase más, se coloca detrás de su asiento, se apodera de su vestido, y lo besa con timidez cortesana.)—El Serenísimo...

MILADY. (Que echa arenilla en lo escrito, y lo lee.)—Me acusará de negra ingratitud... Yo estaba abandonada. Me sacó de la miseria... ¿De la miseria?... ¡Horrible mudanza! ¡Desgarra tu cuenta, seductor! Mi eterna vergüenza la paga con usura.

EL MARISCAL. (Después de dar varias vueltas inútiles alrededor de Milady.)—Parece Milady algo distraída. Seré, pues, bastante atrevido para abusar... (Muy alto.) S. A. Serenísima me envía á preguntaros si habrá esta noche Bauxhall ó comedia...

MILADY. (Levantándose [y sonriéndose.] — Es indiferente; cualquiera de los dos, ángel mío... Mientras tanto llevad esta carta al Duque para postres. (A Sofía.) Que enganchen mis carruajes, y que toda mi servidumbre se reúna en esta sala.

SOFÍA. (Que sale precipitadamente, muy conmovida.)—¡Oh cielos! ¡Qué triste presentimiento!... ¿Qué sucederá?

EL MARISCAL. — ¡Estáis sofocada, señora!

MILADY. — Tanto menos durará el engaño... ¡Albricias, Sr. Mariscal! Habrá una plaza vacante. Buena cosecha para intermediarios amorosos. (Al mirar el Mariscal la carta furtivamente.) ¡Leedla, leedla!... No deseo que su contenido sea un misterio para nadie.

EL MARISCAL. (Que lee, mientras se reúnen los criados en el fondo.)—«Serenísimo Señor: El contrato, que habéis violado tan fácilmente, no puede ya obligarme. La ventura de

«vuestros súbditos era la condición de mi amor. El engaño ha durado tres años. La venda ha caído ya de mis ojos. Me horrorizan los favores, que provocan las lágrimas de vuestros gobernados... Emplead el amor, á que ya no puedo corresponder, en beneficio de vuestro desolado imperio, y aprended de una princesa inglesa á tener compasión de vuestro pueblo alemán. Dentro de una hora habré traspasado la frontera.—JUANA NORFOLK.»

TODOS LOS CRIADOS. (Que hablan entre sí sorprendidos.)—¿La frontera?

EL MARISCAL. (Que deja la carta en la mesa horrorizado.)—¡Llébranos de ello Dios, señora estimadísima! El que entregara esta carta, y quien la ha escrito, arriesgarían por igual su cabeza.

MILADY.—¿Tal es tu preocupación, linda ahaja? Ya sé, por desgracia, que tú, y los que se te asemejan, se atosigan sólo con referir lo que otros han hecho... Casi soy de opinión que se escondiera este billete en un pastel de carne de venado, para que S. A. S. lo encontrase de repente en su plato...

EL MARISCAL.—¡Ciel! ¿Qué temeridad! ¿Os atreveríais?... ¿Habéis meditado bien la desgracia á que os exponéis, Milady?

MILADY. (Que se dirige á todos sus criados reunidos, y les habla muy conmovida.)—Vuestra emoción es muy grande, buenas gentes, y esperáis con angustia cuál ha de ser la solución de este enigma... ¡Acercaos, queridos míos!... Me habéis servido con honradez y celo, atendiendo más á mis deseos que á mi bolsillo; la obediencia era vuestra pasión, mis favores vuestro orgullo... El recuerdo de vuestra fidelidad se unirá al de mi envilecimiento. ¡Funesto destino, que ha hecho de mis días más infortunados los más dichosos vuestros! (Con lágrimas en los ojos.) ¡Yo os dejo, hijos míos!... Lady Milford no existe ya, y Juana Norfolk es harto pobre

para pagar sus deudas. Que mi cajero reparta entre vosotros sus fondos... Este palacio pertenece al Duque... El más pobre de vosotros saldrá de aquí más rico que su señor». (Preséntales su mano, que todos besan con efusión.) Yo os comprendo, amigos míos... ¡Adiós, adiós para siempre! (Reprime sus sollozos.) Oigo el coche, que llega. (Los deja y quiere salir, pero el Mariscal le cierra el paso.) Desventurado, ¿todavía está ahí?

EL MARISCAL. (Que mientras tanto ha estado mirando la carta de un modo deplorable.)—¿Y yo he de depositar este billete en las augustas manos de S. A. S.?

MILADY.—Desventurado! Sí; en sus augustas manos, y dirás á sus augustos oídos, que, no pudiendo ir yo descalza á Loreto, trabajaré todo el día para purificarme y lavar la mancha de haberlo gobernado. (Vase apresuradamente, y los demás muy conmovidos.)